

se decía frecuentemente : *Bernarde, ad quid venisti?* Cuando llegó á gustar el amor divino, de tal modo temia verse un momento privado de tan celestial sentimiento, que negaba á sus sentidos hasta las mas naturales percepciones. Pasó un año entero sin saber si el techo de su celda estaba artesonado; y estaba tan muerto á la curiosidad, que nunca notaba las cosas exteriores. Su hermosa y sana naturaleza, ayudada con la gracia, le hacía encontrar un gusto maravilloso en la contemplacion de las cosas celestiales. Era ocupacion suya constante la sagrada Escritura, y aun se conserva entre los manuscritos de la biblioteca de Troyes, como un tesoro, la Biblia de que se valia sobrecargada de sus notas. Fué tan fecundo el ejemplo del jóven novicio, que durante los dos primeros años que estuvo en el Cister, se aumentó tanto el número de religiosos, que fué necesario pensar en hacer nuevo convento. El obispo de Langres y el conde Hugo de Champaña pusieron á disposicion del abad Estéban para esta fundacion, en la garganta de una montaña, un valle silvestre é inculto, conocido bajo el nombre de *Vallée d'absinthe*, que servia de asilo á ladrones y facinerosos. Bernardo fué escogido con doce religiosos para plantar la cruz de Cristo en aquel desierto, que mudó su nombre en el de *Valle illustre*, ó *Claraval*. Allí fué donde la Europa entera tenia que admirar durante medio siglo en san Bernardo el ingenio mas sublime unido con la mas sublime virtud (año 1115).

28. Llenaba á la sazón las escuelas y monasterios de Francia con su reputacion un nombre famoso. Pedro Abelardo, nacido en Palais, cerca de Nantes, en 1079, habia recibido del cielo el don precioso de la ciencia; mas no supo ponerlo bajo la salvaguardia de la virtud, é hizo de este modo desgraciada su vida. Venido á París en la época en que la filosofía y las ciencias, restauradas por los trabajos de Lanfranco y de san Anselmo de Cantorbery, brillaban en todo su esplendor, Abelardo siguió desde luego las lecciones y escuela de Guillermo de Champeaux; mas en poco tiempo sobrepujó á su maestro el jóven Breton. Abrió esta escuela en Melun, en Corbeil, y

en fin en París. Era tal el prestigio de su elocuencia y talento prodigioso, que do quiera enseñaba, las aulas no podian contener su numeroso auditorio. Se manifestaba en esta época un inmenso ardor de ciencia en el seno del mundo religioso. El siglo XII fué el despertador de la filosofía y ciencias cristianas. Abelardo recibió y comunicó este movimiento; pero su renombre le embriagó. Acogido en casa del canónigo Fulberto, son sobrado conocidas las relaciones suyas con Heloisa, sobrina de este su bienhechor. Las pasiones ejercieron un imperio tiránico en esta alma ardiente, y cuando estalló públicamente el escándalo, Abelardo fué desde luego á enterrar su vergüenza en el monasterio de San Dionisio. Obligado á salir de este, se retiró á Provins, donde iban á oírle mas de tres mil discípulos. Allí le encontraremos, al frente del movimiento racionalista de su época, acarreándose por sus doctrinas los ataques enérgicos de san Bernardo y los rayos de la Iglesia.

§ III. PONTIFICADO DE GELASIO II (25 de enero de 1118-29 de enero de 1119).

29. Muy previsor habia sido el odio del emperador de Alemania contra Pascual II. Este príncipe habia dejado en Roma, en manos de sus partidarios, instrucciones secretas que les prescribían que en caso de vacante de la Santa Sede, se opusiesen á la eleccion de nuevo papa antes de haber obtenido su consentimiento. A la muerte de Pascual II, los cardenales desconcertaron muy sagazmente estas precauciones tiránicas, y habiendo convenido en el modo de obrar, eligieron siete días despues al diácono Juan de Gaeta, cardenal canciller de la Iglesia romana, noble anciano que manifestó un vigor verdaderamente apostólico en la carrera de su corto pero borrascoso pontificado. Tomó el nombre de Gelasio II. Al saber esto, Cencio Frangipani, cabeza de la faccion alemana, invadió la iglesia con tropa, asió de la garganta al venerable pontífice, le echó en tierra, le aporreó con sus manos y le hirió á espaldas; metió despues en un calabozo al papa, todo cubierto de sangre y heridas. Los cardenales y senadores que no podian huir

tuvieron igual suerte, y aun muchos fueron muertos. Al rumor de estas infamias, el prefecto de Roma, sus tropas é inmensidad de pueblo se transportaron armados al Capitolio, demandando á gritos al papa. Espantados los facciosos, dieron libertad al cautivo ilustre: se echan á sus piés, piden y logran perdon, y Gelasio II, llevado en triunfo por el pueblo, ebrio de júbilo, toma solemnemente posesion de su Silla.

30. Se fijó día para su ordenacion, porque solo era diácono; pero Enrique V tomó la delantera. Acudió á marchas forzadas desde el fondo de la Alemania, y cierta noche vinieron á advertir al papa que el emperador ocupaba con sus tropas la iglesia de San Pedro. Decíale á Gelasio II: « Si quereis confirmar el » tratado que tengo hecho con el papa Pascual II, estoy pronto » á someterme á vuestra obediencia; si no, haré elegir otro » papa, y le pondré en posesion de la Santa Sede. » Gelasio II huyó precipitadamente de Roma embarcándose en el Tiber. Una tempestad violenta arrojó la embarcacion sobre la costa de Porto. Los soldados alemanes tenian cogida toda la orilla, y lanzaban flechas contra la galera pontifical. Al favor de las tinieblas de la noche, Gelasio se salvó y pudo llegar á Gaeta, su ciudad nativa, donde fué acogido con entusiasmo. Entretanto Enrique V hizo elegir en Roma un antipapa. Mauricio Bourdin, el legado infiel, excomulgado por Pascual II en el concilio de Benevento, era digno del papel de intruso que Enrique queria representase. Se vistió de la púrpura romana y tomó el nombre de Gregorio VIII. El verdadero papa habia sido consagrado en Gaeta, en presencia de Guillermo, duque de Apulia, de Roberto, príncipe de Capua, y de muchos señores italianos que le prestaron juramento de fidelidad. Juntó un concilio en Capua, donde excomulgó al antipapa y al emperador Enrique V. Al mismo tiempo dirigia al arzobispo de Toledo y á los demás obispos de España órden de proveer la iglesia de Braga de otro titular en lugar de Mauricio Bourdin, separado de la comunión de la Iglesia por su intrusion. Fué remitida otra carta á los príncipes y obispos de toda la cristiandad, participándoles los atentados cometidos contra la

majestad pontifical y la sentencia fulminada contra sus autores. Así conoció el mundo todo que los indignos herederos de Carlomagno empleaban contra la Iglesia romana el poder que habian adquirido de ella.

31. Despues de haber consumado el cisma, y renovado por tercera vez la ceremonia de su coronacion, Enrique V tomó el camino de Alemania, dejando á Roma en poder del antipapa y sus partidarios. Con peligro de su vida, el intrépido Gelasio II logró entrar secretamente en la ciudad eterna, y permaneció oculto en el seno de una familia fiel y celosa. Pero el día de santa Praxedes quiso officiar en la iglesia dedicada á esta santa. En medio de las ceremonias sagradas, Cencio Frangipani vino con tropa á sitiar la iglesia. Estéban el Normando y Crescencio Gaetano, sobrino del papa, resistieron valientemente. El combate duró parte del día; pero Gelasio II pudo fugarse en medio del tumulto y se refugió en una cabaña aislada de la campaña de Roma, donde dió hospitalidad una pobre mujer al vicario de Cristo. Vinieron á reunírsele en el día siguiente los cardenales y algunos criados. « Huyamos, les dijo Gelasio, huyamos de esta tierra de Egipto; huyamos de la nueva Babilonia! Cuando haya fijado su día la Providencia, entrará en » Roma aquel que hubiere escogido de entre nosotros el » Señor. » El soberano pontífice fijó sus miradas en Francia, tierra tan afecta al pontificado, y el 7 de noviembre de 1118 aportó á las playas de la Provenza. El abate Suger, ministro de Ludovico el Craso, le recibió con los honores debidos á su rango y á la virtud perseguida. Gelasio II quiso descansar de sus fatigas en la abadía de Cluny; pero allí era donde Dios queria premiarle. El heroico pontífice murió el 29 de enero de 1119. Nada tenia que envidiar Enrique V á su padre: como él, hizo un antipapa; y como san Gregorio VII, Gelasio II murió en destierro. Los escritores modernos que en la cuestion de las investiduras toman parte por los emperadores, insisten poco en estos hechos.